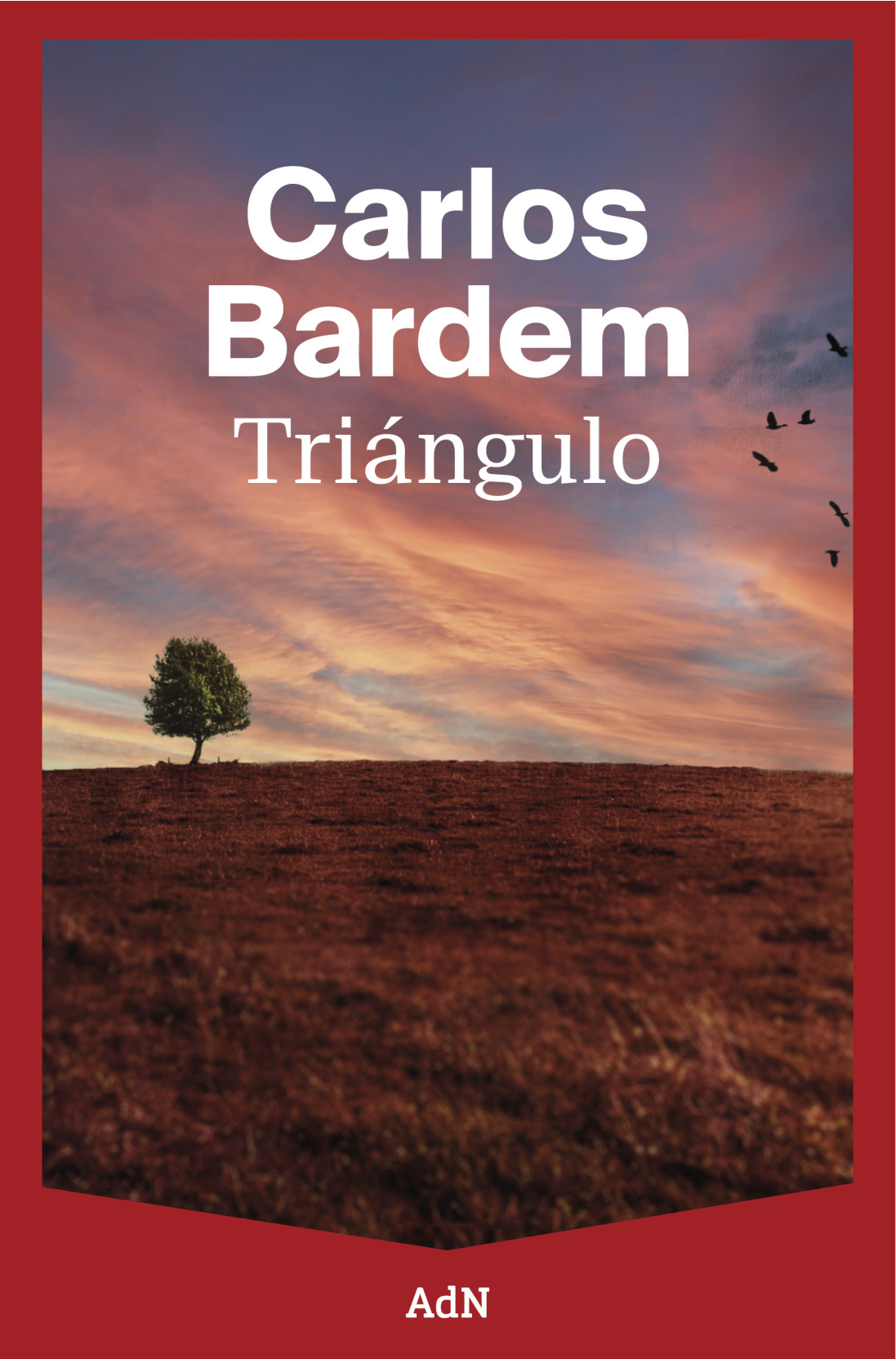




Carlos Bardem Triángulo

AdN

Carlos Bardem

Triángulo

AdN

Primera edición: octubre de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Carlos Bardem, 2026
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-65-1
Depósito legal: M-16117-2026
Printed in Spain

«Es cierto que todos los hombres han tenido
una madre, pero muy pronto se aprende que
para ellos los verdaderos valores
están en otra parte».

CHANTAL AKERMAN, directora de cine.

«Fuera de la mirada maniaca del señor
Humbert no existe la nínfula. Lolita la nínfula
solo existe a través de la obsesión
que destruye a Humbert».

NABOKOV a Bernard Pivot en *Apostrophes*.

«Nuestro mandato es el de los muertos».

FRANCO ante la Hermandad Nacional
de Alféreces Provisionales, en el Cerro de
Garabitas el 27 de mayo de 1962.

Radiales

—¡Pero qué hijos de puta!

No puede ser que empiece así el día. Otro más. El ruido me despierta. Abro los ojos sobresaltado, me saco los inútiles tapones de los oídos y me giro de cara al techo en el lado de la cama en el que duermo, ocupando cada noche una pequeña parte del colchón matrimonial, porque nada perdura más que las ausencias. Palpo en la mesilla, encuentro las gafas y me las pongo. Me levanto cansado, aturdido.

Al insulto que repito entre dientes...

—¡Hijosdeputahijosdeputahijosdelagrandsimaputa!

... le siguen imaginaciones de violencia. Yo saliendo en calzoncillos al rellano, aporreando furioso la puerta del cuarto C, la puerta que se abre, yo golpeando una y otra vez al rumanos, búlgaro o español que dirige a esa caterva de hijos de perra nacidos en muy diversos lugares del orbe pero reunidos en demoníaco concilio, desde hace ya más de tres meses, para despertarme cada día, como gallos mecánicos, con el canto de sierras radiales, taladros y martillos. Me maldigo a mí mismo por la torpeza de acostarme tarde, de leer hasta muy entrada la madrugada, de dejarme llevar por el silencio de la noche para disfrutar.

¿Cómo se me ocurre? ¡Si es que soy gilipollas!, me repito inmisericorde mientras meo a golpes para vaciar bien la ve-

jiga hiperactiva que, desde hace unos años, también atormenta mis sueños. ¡Ellos no fallan, desatan el infierno, siempre puntuales! Y estaba claro que no se iban a detener en verano, que no siguen el calendario escolar, acepto tras mirarme en el espejo, gesticular y alisarme el pelo hasta reconocer al tipo ojeroso, gastado, que me mira. Hace mucho que los espejos se me pusieron en contra. Tras ducharme, las imágenes de violencia extrema contra el encargado y los obreros de la reforma interminable del cuarto C, las fantasías sangrientas de cráneos aplastados por mazos, miembros amputados por radiales, tráqueas hundidas por certeros golpes con el canto de la mano dejan paso a una dolorosa aceptación y a pensamientos más complejos: mi internacionalismo teórico, mi adhesión a la hospitalidad universal kantiana, el amor genérico por la humanidad y la bondad tolstoiana no resisten el roce cotidiano con los otros, sean de aquí o de allá. Lo atávico e instintivo del odio frente a la trabajosa racionalidad de los ideales humanistas. La sustitución de lo biológico por lo tecnológico, que se acelera desde la invención de la máquina de vapor. Mientras me cepillo los dientes, mirando sin ver, con los ojos perdidos, trato de recordar algún otro detalle. ¿Fue en México o en Argentina? Era un congreso de escritores, eso seguro. En mi cabeza resuena una frase que leí en un cartel: «DIOSITO NO TE HACE GUERRA, TODO TE PASA POR FALOPE-RO». Hace una vida que no me meto una raya. Conocimiento de la realidad latinoamericana y consideraciones morales aparte, no me sentaban bien y me causaban rinitis. Pero esa frase resume a la perfección el papel de las decisiones individuales ante la omnipotencia indiferente de Dios o del mundo. O del capitalismo, que es mundo y Dios a la vez. Sí, porque...

¡BOOM, BOOM, BOOM, BOOM...! ¡PAM, PAM, PAM...!
¡SZZZZZIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIII! ¡IIIRRRRRRRRGGG!

... los meses de cacofonía industrial que soporto son consecuencia del triunfo del modelo de sociedad neoliberal, de la mercantilización de un bien básico como la vivienda hasta un punto nunca visto y de la consiguiente gentrificación. En los últimos meses es el piso colindante, el cuarto C, pero empezaron hace más de un año por el segundo A. Tambores lejanos anunciando el apocalipsis próximo, la conversión de viviendas en pisos turísticos previa expulsión de los inquilinos de toda la vida y el deceso de algunas ancianitas, que se extendió por todo el edificio: tercero D, tercero B, luego cuarto A, quinto B y quinto D. El mal fue tomando el inmueble a golpe de subidas de alquileres, inasumibles para la gente normal, estudiantes o jubilados, por fallecimientos y jugosas ofertas a los deudos. En un momento fatídico, mi piso, el cuarto B, la casa en la calle de la Madera que heredé de mi madre al fallecer esta, y que me salvó de la marginalidad, pareció ser la única vivienda que no era picada, martilleada, lijada, taladrada, pulida, prostituida, penetrada, violada en su ajado cuerpo pequeñoburgués, de largos pasillos, balcones, persianas y visillos, que celaban la decencia y los vicios de sus moradores como cinturones de castidad de forja chispera, ahora todas desnudas de tabiquería para instalar imposibles Miamis en el centro de Madrid. La única en la que además de estos ruidos no atornaban corridos, reguetones, guarachas, *rai* magrebí, pop eslavo y... No, nada de copla ni de flamenquito. Está claro que la globalización ha traído mano de obra barata de otros lares y ya no quedan españoles entre los peones. Muchas veces, lo único que oigo en castellano son las órdenes de los jefes de obra; esos sí son de aquí, por como gritan y por la mala hostia que gastan.

Nada perdura más que las ausencias. Sonia. Empezábamos la noche encajados en una cucharita que a ambos nos calmaba. Tranquilos, estamos en casa. Juntos. El horror del mundo

quedó fuera. Pronto yo empezaba a roncar y nos desgajábamos. Yo a un costado. Ella boca arriba, brazos y piernas en cruz, dormía despatarrada en medio del colchón. A Sonia le gustaba el silencio. Se fue mucho antes de los martillazos. Solía leer mientras yo trabajaba. Bajando el libro que leía en el butacón, me sonreía y me decía que estaba guapo cuando escribía.

Hace ya más de dos años que Sonia se largó y sigo durmiendo en un lado de la cama, no por dejarle el resto a ella, no porque piense o desee que vuelva, no. Simplemente porque me acostumbé. Sonia, su ausencia, la más reciente y mi relación más larga —dieciséis años juntos, catorce de convivencia—, ocupa la casa y se suma a las anteriores. Todas mis parejas me sonrieron en algún momento antes de, con más o menos drama, con alivio sincero o pena fingida por parte de ambos, dejarme o dejarlas. Hasta mi madre me sonrió antes de morir.

Sí, pienso mientras enciendo la cafetera, cada vez es más difícil librarse de las ausencias. Se van mezclando.

El sol estalla en luz en la ventana, anunciando otro día de calor infernal.

La edad, cosas de tener ya mucho más por detrás que por delante.

Eso y que nada, nunca, nos prepara para la pérdida, el duelo y los pegajosos espectros.